

## **Espanhol**

*Tradução: Marina Leivas Waquil<sup>1</sup>*

*Revisão: Prof.<sup>a</sup> Maria Lucia Machado de Lorenci*

### **H.A. Murena (1923-1975)**

Nasceu em Buenos Aires. Em 1946 publica seu primeiro volume de contos, "Primer Testamento". Colaborou com a revista *Sur* e com o jornal *La Nación*.

---

<sup>1</sup> Aluna do curso de Letras – Bacharelado Português/Espanhol, UFRGS

**El gato\***

H.A. Murena

¿Cuánto tiempo llevaba encerrado?

La mañana de mayo, velada por la neblina en que había ocurrido aquello, le resultaba tan irreal como el día de su nacimiento, ese hecho acaso más cierto que ninguno, pero que sólo atinamos a recordar como una increíble idea. Cuando descubrió, de improviso, el dominio secreto e impresionante que el otro ejercía sobre ella, se decidió a hacerlo. Se dijo que quizás iba a obrar en nombre de ella, para librarla de una seducción inútil y envilecedora. Sin embargo, pensaba en sí mismo, seguía un camino iniciado mucho antes. Y aquella mañana, al salir de esa casa, después que todo hubo ocurrido, vio que el viento había expulsado la neblina, y, al levantar la vista ante la claridad enneguecedora, observó en el cielo una nube negra que parecía una enorme araña huyendo por un campo de nieve. Pero lo que nunca olvidaría era que a partir de ese momento el gato del otro, ese gato del que su dueño se había jactado de que jamás lo abandonaría, empezó a seguirlo, con cierta indiferencia, con paciencia casi ante sus intentos iniciales por ahuyentarlo, hasta que se convirtió en su sombra.

Encontró esa pensionsucha, no demasiado sucia ni incómoda, pues aún se preocupaba por ello. El gato era grande y musculoso, de pelaje gris, en partes de un blanco sucio. Causaba la sensación de un dios viejo y degradado, pero que no ha perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres; no les gustó, lo miraron con repugnancia y temor, y, con la autorización de su accidental amo, lo echaron. Al día siguiente, cuando regresó a su habitación, encontró al gato instalado allí; sentado en el sillón; levantó apenas la cabeza, lo miró y siguió dormitando. Lo echaron por segunda vez, y volvió meterse en la casa, en la pieza, sin que nadie supiera cómo. Así ganó la partida, porque desde entonces la dueña de la pensión y sus acólitos renunciaron a la lucha.

¿Se concibe que un gato influya sobre la vida de un hombre, que consiga modificarla?

Al principio él salía mucho; los largos hábitos de una vida regalada hacían que aquella habitación, con su lamparita de luz amarillenta y débil, que dejaba en la sombra muchos rincones, con sus muebles sorprendentemente feos y desvencijados si se los miraba bien, con las paredes cubiertas por un papel listado de colores chillones le resultaba poco tolerable. Salía y volvía más inquieto; andaba por las calles, andaba, esperando que el mundo le devolviera una paz ya prohibida. El gato no salía nunca. Una tarde que él estaba apurado por cambiarse y presenciado desde la puerta cómo limpiaba la habitación la sirvienta, comprobó que ni siquiera

en ese momento dejaba la pieza: a medida que la mujer avanzaba con su trapo y su plumero, se iba desplazando hasta que se instalaba en un lugar definitivamente limpio; raras veces había descuidos, y entonces la sirvienta soltaba un chistido suave, de advertencia, no de amenaza, y el animal se movía. ¿Se resistía a salir por miedo de que aprovecharan la ocasión para echarlo de nuevo o era un simple reflejo de su instinto de comodidad? Fuera lo que fuese, él decidió imitarlo, aunque para forjarse una especie de sabiduría con lo que en el animal era miedo o molicie.

En su plan figuraba privarse primero de las salidas matutinas y luego también de las de la tarde; y, pese a que al principio le costó ciertos accesos de sorda nerviosidad habituarse a los encierros, logró cumplirlo. Leía un librito de tapas negras que había llevado en el bolsillo; pero también se paseaba durante horas por la pieza, esperando la noche, la salida. El gato apenas si lo miraba; al parecer tenía suficiente con dormir, comer y lamerse con su rápida lengua. Una noche muy fría, sin embargo, le dio pereza vestirse y no salió; se durmió enseguida. Y a partir de ese momento todo le resultó sumamente fácil, como si hubiese llegado a una cumbre desde la que no tenía más que descender. Las persianas de su cuarto sólo se abrieron para recibir la comida; su boca, casi únicamente para comer. La barba le creció, y al cabo puso también fin a las caminatas por la habitación.

Tirado por lo común en la cama, mucho más gordo, entró en un período de singular beatitud. Tenía la vista casi siempre fija en las polvorientas rosetas de yeso que ornaban el cielo raso, pero no las distinguía, porque su necesidad de ver quedaba satisfecha con los cotidianos diez minutos de observación de las tapas del libro. Como si se hubieran despertado en él nuevas facultades, los reflejos de la luz amarillenta de la bombita sobre esas tapas negras le hacían ver sombras tan complejas, matices tan sutiles que ese solo objeto real bastaba para saturarlo, para sumirlo en una especie de hipnotismo. También su olfato debía haber crecido, pues los más leves olores se levantaban como grandes fantasmas y lo envolvían, lo hacían imaginar vastos bosques violáceos, el sonido de las olas contra las rocas. Sin saber por qué comenzó a poder contemplar agradables imágenes: la luz de la lamparita —eternamente encendida— menguaba hasta desvanecerse, y, flotando en los aires, aparecían mujeres cubiertas por largas vestimentas, de rostro color sangre o verde pálido, caballos de piel intensamente celeste...

El gato, entretanto, seguía tranquilo en su sillón.

Un día oyó frente a su puerta voces de mujeres. Aunque se esforzó, no pudo entender qué decían, pero los tonos le bastaron. Fue como si tuviera una enorme barriga fofa y le clavaran en ella un palo, y sintiera el estímulo, pero tan remoto, pese a ser sumamente intenso, que comprendiese que iba a tardar muchas horas antes de poder reaccionar. Porque una de las voces correspondía a la dueña de la pensión, pero la otra era la de ella, que finalmente debía haberlo descubierto.

Se sentó en la cama. Deseaba hacer algo, y no podía.

\*Traduzido e publicado por especial permissão da Editora Sudamericana.

Observó al gato: también él se había incorporado y miraba hacia la persiana, pero estaba muy sereno. Eso aumentó su sensación de impotencia.

Le latía el cuerpo entero, y las voces no paraban. Quería hacer algo. De pronto sintió en la cabeza una tensión tal que parecía que cuando cesara él iba a deshacerse, a disolverse.

Entonces abrió la boca, permaneció un instante sin saber qué buscaba con ese movimiento, y al fin maulló, agudamente, con infinita desesperación, maulló.

## O gato

H.A. Murena

Há quanto tempo estava enclausurado?

A manhã de maio, velada pela neblina em que tinha acontecido aquilo, lhe era tão irreal como o dia de seu nascimento, esse acontecimento talvez mais certo que qualquer outro, mas que só conseguimos recordar como uma incrível idéia. Quando descobriu, de repente, o domínio secreto e impressionante que o outro exercia sobre ela, se decidiu a fazê-lo. Disse a si mesmo que talvez fosse agir em nome dela, para livrá-la de uma sedução inútil e aviltante. Entretanto, pensava em si mesmo, seguia um caminho iniciado muito antes. E naquela manhã, ao sair dessa casa, depois que tudo havia acontecido, viu que o vento havia expulsado a neblina, e, ao levantar a vista, ante a claridade cegante, observou no céu uma nuvem negra que parecia uma enorme aranha fugindo por um campo de neve. Mas o que nunca esqueceria era que, a partir deste momento, o gato do outro, esse gato do qual o dono havia se vangloriado de que jamais o abandonaria, começou a segui-lo, com certa indiferença, quase com paciência diante de suas tentativas iniciais de afugentá-lo, até que se converteu em sua sombra.

Encontrou esta pequena pensão, não muito suja nem muito incômoda, pois ainda se preocupava com essas coisas. O gato era grande e musculoso, de pêlo cinza, em algumas partes de um branco sujo. Causava a sensação de um deus velho e degradado, mas que ainda não perdera toda sua força para causar dano aos homens; eles não gostaram, olharam o gato com repugnância e temores, e, com a autorização de seu dono por acidente, mandaram-no embora. No dia seguinte, quando voltou ao seu quarto, encontrou o gato instalado ali; sentado na poltrona, apenas levantou a cabeça, olhou para ele e seguiu dormindo. Mandaram-no embora pela segunda vez e acabou voltando à casa, ao quarto, sem que ninguém soubesse como. Assim ganhou a disputa, porque desde então a dona da pensão e seus comparsas renunciaram à luta.

Concebe-se que um gato influa sobre a vida de um homem, que consiga modificá-la?

Ao princípio saía muito; os longos hábitos de uma vida cômoda faziam com

que aquele quarto, com sua pequena lâmpada de luz amarelada e fraca, que deixava muitos cantos na sombra, com seus móveis surpreendentemente feios e desconjuntados se a gente olhava bem, com as paredes cobertas por um papel listrado de cores gritantes, lhe parecia pouco tolerável. Saía e voltava mais inquieto; andava pelas ruas, andava, esperando que o mundo lhe devolvesse uma paz já proibida. O gato não saía nunca. Uma tarde em que ele estava apressado por se trocar e presenciou da porta como a faxineira limpava o quarto comprovou que nem neste momento ele deixava a peça: à medida que a mulher avançava com seu pano e seu espanador, ia se deslocando até que se instalava em um lugar definitivamente limpo; raras vezes havia descuidos, e então a faxineira emitia um som suave, de advertência, não de ameaça, e o animal se movia. Resistia em sair, por medo de que aproveitassem a ocasião para mandá-lo embora de novo, ou era um simples reflexo de seu instinto de comodidade? Fosse o que fosse, ele decidiu imitá-lo, ainda que para forjar uma espécie de sabedoria com o que no animal era medo ou moleza.

No seu plano figurava primeiro privar-se das saídas matutinas e logo também das da tarde; e, apesar de que ao princípio lhe custou certos acessos de um nervosismo surdo habituar-se à clausura, conseguiu acumprá-lo.

Lia um livrinho de capa negra que havia levado no bolso, mas também passeava durante horas pela peça, esperando a noite, a saída. O gato quase não olhava para ele; ao que parece lhe bastava dormir, comer e lamber-se com sua rápida língua. Uma noite muito fria, entretanto, teve preguiça de se vestir e não saiu; dormiu em seguida. E, a partir deste momento, tudo se tornou sumamente fácil para ele, como se tivesse chegado a uma altura da qual não tinha mais que descer. As persianas de seu quarto só se abriam para receber a comida; sua boca, quase unicamente para comer. A barba cresceu e, ao final, acabou com as caminhadas pelo quarto também.

Jogado geralmente na cama, muito mais gordo, entrou em um período de singular beatitude. Tinha a vista quase sempre fixa nas empoeiradas rosetas de gesso que ornamentavam o teto, mas não as distinguia, porque sua necessidade de ver se satisfazia com os cotidianos dez minutos de observação das capas do livro.

Como se houvessem despertado nele novas faculdades, os reflexos da luz amarelada da pequena lâmpada sobre essas capas negras lhe faziam ver sombras tão complexas, matizes tão sutis, que esse único objeto real bastava para saturá-lo, para sumi-lo em uma espécie de hipnotismo. Seu olfato também devia haver crescido, porque os mais leves odores se levantavam como grandes fantasmas e o envolviam, faziam-lhe imaginar vastos bosques violáceos, o som das ondas contra as rochas. Sem saber por que, começou a poder contemplar agradáveis imagens: a luz da lamparina – eternamente acendida – minguava até que se desvanecia, e, flutuando pelos ares, apareciam mulheres cobertas por longas vestimentas, de rosto de cor de sangue, ou verde pálido, cavalos de pele intensamente azul...

O gato, enquanto isso, continuava tranqüilo em sua poltrona.

Um dia escutou vozes de mulher em frente à sua porta. Ainda que tenha se esforçado, não pôde entender o que diziam, mas os tons lhe bastaram. Foi como se tivesse uma enorme barriga flácida e cravassem nela um pau, e sentisse o estímulo, mas tão remoto, apesar de ser absolutamente intenso, que compreendesse que ia tardar muitas horas antes de poder reagir. Porque uma das vozes pertencia à dona da pensão, mas a outra era dela, que finalmente devia tê-lo descoberto.

Sentou-se na cama. Desejava fazer alguma coisa e não podia.

Observou o gato: ele também havia se levantado e olhava para a persiana, mas estava muito sereno. Isso aumentou sua sensação de impotência.

Pulsava-lhe o corpo inteiro e as vozes não paravam. Queria fazer alguma coisa. De repente sentiu na cabeça uma tensão tal que parecia que quando acabasse ele ia desfazer-se, dissolver-se.

Então abriu a boca, permaneceu um instante sem saber o que buscava com este movimento, e por fim miou, agudamente, com um desespero infinito, miou.

## Francês

Tradução: Maria Regina Lucena Borges Osório

Maria Lucia de Souza Lima Meregalli

### Émile Zola (1840-1902)

Escritor e jornalista francês que apoiou os impressionistas, como Manet, e defendeu corajosamente Dreyfus, em seu artigo «*J'accuse*» (1898). Suas obras incluem, entre outras, *Rougon-Macquart*, *Germinal* e *Nouveaux Contes à Ninon*, esta última, escrita em sua juventude (1865), contendo o presente conto. Durante toda sua vida, Zola teve grande afeição pelos gatos.

LAROCHE, Robert de. *Contes et légendes du chat*. Ouest-France, Rennes, 2005.

### Charles Baudelaire (1821-1867)

Este texto é extraído de *Pequenos Poemas em Prosa* (1864) de Charles Baudelaire. Se os gatos aparecem muitas vezes em alguns poemas famosos de *Flores do Mal* (1855), Charles Baudelaire, tradutor de o *Gato Preto* de Edgar Allan Poe, exaltará portanto, mais uma vez, o felino em “*pupilas místicas*” em um dos textos em prosa de seus últimos anos.